

El Mensajero de María Reina de los Corazones

LA DIVINA PASTORA

BAJO todos los aspectos, de cualquier manera que se la considere, es siempre la Virgen María la llena de gracia, la hermosa, la amable, la misericordiosa Madre que ama a los desgraciados hijos de Eva con amor invencible, con todo el amor de Madre de Dios. Y de todas las maneras con que estudiemos a la celestial Emperatriz, encontramos siempre títulos más que sobrados para amarla con todo el rendimiento de un buen hijo y para servirla con la más entera sumisión de un perfecto esclavo.

Sin embargo, cuando atribuimos a la Virgen la prerrogativa de conducir, de guiar, de alimentar, de *pastorear* con toda la solitud de que Ella es capaz a las almas; cuando vemos en María la cualidad de Pastora, y la contemplamos, según Ella misma se dignó aparecerse al Venerable P. Isidoro de Sevilla, santo misionero capuchino, con los atavíos propios del pastoreo, cuidando amante de sus ovejitas, parece que el corazón humano experimenta insospechadas dulzuras, al poder hermanar cumplidamente en la Santa Madre de Dios la grandeza de Reina con la graciosa llaneza de Zagala. Y nos sentimos entonces abrumados por las inefables bondades de la más dulce y amante de todas las madres.

¡Cuán manso y humilde de corazón, de cuán sublimes encantos rodeado vemos a Jesús llamándose «el Pastor bueno» y describiéndonos sus deveslos por la ovejita extraviada y díscola, a la que atiende, si cabe, con mayor solitud que a las fieles y sumisas! Para esto vino a la tierra: para salvar. Todos los oficios que desempeña con el hombre pueden encerrarse en éste: «Yo